



nen ya a seguir su ejemplo. En Cleveland, Ohio, se ha rechazado recientemente un gravamen suplementario destinado a salvar de la bancarrota al sistema local de escuelas públicas. En Oregón y Colorado se han iniciado sendas campañas de recogidas de firmas. Los periódicos de distintas ciudades organizan encuestas entre sus lectores, que dan resultados abrumadores favorables a las reducciones fiscales. Y hasta el propio Carter —electorado obliga— ha manifestado públicamente sus simpatías hacia este movimiento que puede estimular al Congreso —son sus palabras— a ser más frugal.

Sin embargo, no todo es entusiasmo antifiscal. Está también la cara negra de la moneda. Por falta de fondos públicos, los programas de seguridad social, derechos humanos, entre otros, se ven seriamente amenazados. En California, muchas escuelas de verano han tenido que cerrar y es dudoso que

puedan abrir de nuevo el próximo otoño. Muchas librerías públicas no podrán seguir prestando sus servicios. Los presupuestos dedicados a sanidad sufrirán un importante recorte. Y lo mismo ocurrirá con la ayuda a la vejez. Los precios de los transportes públicos urbanos se duplicarán en muchos casos. Y cientos de miles de funcionarios, que trabajan en este tipo de programas, pueden quedarse en la calle.

El fenómeno que acabamos de describir, que en absoluto se circunscribe a los Estados Unidos —baste recordar que por culpa sobre todo de su política de impuestos, los socialdemócratas suecos perdieron las últimas elecciones— tiene un marcado carácter de rebelión espontánea, casi instintiva de unas clases medias que se sienten ahogadas y sin estímulos para seguir trabajando.

Pero, de modo paralelo a este movimiento, está incubándose en las Universidades norteamericanas una nueva escuela de economistas, herederos de la tradición neoclásica, y cuyo papel va a ser, sin duda, el de proporcionar a esa revuelta más o menos espontánea una base intelectual que la justifique.

Keynes ha muerto

Son mucho más oscuros —siempre lo es la labor del economista— e infinitamente más conservadores que los nuevos filósofos franceses. Sus nombres —Feldstein, Sargent, Boskin— no diran todavía gran cosa

quiera a los especialistas. Su escuela es la de Milton Friedman, el premio Nobel cuyos textos económicos son libros de cabecera para los consejeros económicos de Pinochet.

Si Bernard Henri-Lévy tiene todas las noches un mal sueño por culpa de Marx, la pesadilla de Sargent y sus colegas es John Maynard Keynes. Para los "nuevos economistas", la crisis de los últimos años ha demostrado lo erróneo de los planteamientos keynesianos en torno al estímulo del gasto público como más eficaz modo de conseguir la estabilidad económica y el pleno empleo.

Los grandes programas de "welfare" —de lucha contra la pobreza, entre otros— emprendidos bajo las administraciones de Kennedy y de Johnson han representado, según ellos, un auténtico despilfarro. Si en tiempos de Keynes eran nueve millones los beneficiarios del "social welfare", hoy suman casi quince millones.

Instituciones como el seguro de paro son del todo contraproducentes: acelerar la inflación, eliminar los incentivos para buscar trabajo, fomentar la pereza mental del empresario, que prefiere poner en la calle a sus empleados antes que reducir el horario de trabajo o buscar otras salidas. Lo mismo ocurre con el salario mínimo garantizado, que impide contratar a muchas personas que rinden menos, y fomenta además el trabajo clandestino.

¿Qué soluciones proponen, frente a las keynesianas, los nuevos economistas? Como regla general,

evitar al máximo la manipulación del mercado por los poderes públicos. Restringir los servicios que hoy presta el Estado en muchos países capitalistas. Parta de las funciones de la Seguridad Social por ejemplo, deberían pasar, según ellos, al sector privado. La medicina debe estar totalmente en manos privadas. Así como la educación. El Estado entregaría todo lo más cheques escolares o médicos, pero el ciudadano podría elegir hospital y escuela, que tendrían además plena libertad para fijar sus tarifas. Las leyes antitrust son más bien un estorbo. Los cárteles acaban destruyéndose solos.

En contra también de la opinión de Keynes, para quien el ahorro de los particulares dependía del nivel de renta y no de los tipos de interés, los nuevos economistas proponen, de acuerdo con las teorías neoclásicas, elevar los tipos de interés para estimular precisamente el ahorro, hoy inhibido por la inflación, y orientarlo hacia el sector privado.

El juego no puede estar más claro. Como escribía recientemente el socialista Jacques Attali en "Le Monde", bajo la apariencia de luchar contra la inflación, los Gobiernos occidentales —él se refería concretamente a Francia y su plan Barre— sólo intentan volver a formas anteriores del capitalismo. A la ley de la jungla de una economía pura de libre empresa. Lo de Chile es sólo un ejemplo de lo que puede ocurrir si se llevan esas teorías hasta sus últimas consecuencias. ■

JOAQUIN RABAGO.

RAMON

